



Círculo Rojo

EL MANUSCRITO
La historia de Artur Seguí
Volumen I

EL MANUSCRITO

La historia de Artur Seguí

VOLUMEN I

Marta C. Auñon



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: octubre 2024

Depósito legal: AL 3367-2024

ISBN: 978-84-1097-018-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Marta C. Auñón

Instagram @lahistoriadeartursegui

artursegui@andorra.ad

www.lahistoriadeartursegui.com

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de portada: Marta C. Auñón

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

*La autora recomienda que las novelas
de esta saga sean leídas en orden.*

Artur lo hizo diez segundos después.

Gobierno y oposición ocupaban desde hacía varias semanas una de las salas habilitadas en el gran edificio de la calle Prat de la Creu, en Andorra la Vella, capital del principado. Demasiadas horas acumuladas, los buenos modales acabaron por ceder a discusiones acaloradas, reproches. Insultos.

Las tres primeras jornadas los asistentes acudieron más o menos encorbatados y trajeados, ordenadores en mano, leyes estudiadas y listos para tomar notas. Las siguientes, en tejanos, pero formales. A la semana, simplemente cómodos y nadie se molestaba en escribir.

Tras una nueva tarde sentados en aquella sala, el *cap de Govern*, moderador de tan complicado como necesario encuentro, apoyó los codos sobre la mesa con la cabeza entre las manos. Él sí, todavía trajeado. El Principado de Andorra era un país pequeño, pero no por ello pesaban menos las responsabilidades en los hombros del alto dignatario.

—De esta no hay resquicio por el que evadirse. Sauron ha vuelto su ojo hacia nosotros y amenaza con abrasarnos —auguró uno de los asesores legales que contó con el asentimiento de quienes comprendieron la alusión.

—Podríamos pedir ayuda al Tribunal de La Haya —sugirió el ministro de Finanzas.

—¿Sabes dónde está La Haya? ¡En el centro de la Unión! —replicó alguien.

El *cap de Govern*, con la cabeza todavía protegida entre las manos, reconoció la voz de Jordi Baró padre, un influyente em-

presario que llevaba una década luchando por sentar a alguien de su prole en la principal silla. Inspiró hondo.

—¡Si son ellos los que nos ponen la soga al cuello! —rebatió una nueva voz más exasperada.

—Se les puede acusar de lo mismo que ellos nos recriminan a nosotros.

El comentario de la ministra de Cultura y Educación iba dirigido al grupo, aunque miraba a su superior, que acabó por recuperar la compostura.

—¿Qué quieres decir con eso?! —preguntó Jordi Baró despectivo.

—Hagámoslo público. Inculpémosles a gran escala en cuantos medios tengamos acceso.

—Lo que propones no son más que sandeces. —A Baró solo le faltó enseñar los dientes como un lobo—. ¿Pretendes salir ahí fuera y levantar un dedo contra Estados Unidos, Inglaterra o Francia? ¡No nos hagas perder el tiempo!

—Por favor... —pidió calma el *cap de Govern*.

—Al menos proponemos soluciones, que es mucho más de lo que hacéis vosotros desde ese lado de la mesa.

La reprobación de Jaume Vergés, ministro de Asuntos Exteriores, era un dardo dirigido hacia quienes habían perdido las elecciones. Jordi Baró se tensó tanto que casi se puso en pie.

—Por favor... —insistió el *cap de Govern*.

—¿Crees que la solución es plantarse ante las cámaras y hacer público que nos tienen con la soga al cuello porque durante generaciones no habéis hecho los deberes? —La responsable de Relaciones Públicas de la oposición se inclinó hacia el frente con la mirada fija en el ministro—. ¿Es eso lo que propones, Jaume? ¿Bajarnos los pantalones en directo y dejar que nos la metan?

—¡No, es mejor pasear tetas y culo por la pasarela pintarrajeada como una puta barata con la cabeza escondida! —escupió Vergés.

El *cap de Govern* dio un puñetazo contra la mesa que hizo temblar los cimientos del edificio. Silenciadas las disputas internas, centró a los asistentes en el asunto que les mantenía reunidos. Se debía dar con una solución a su problema de Estado, a su gravísimo problema de Estado.

29 de septiembre de 2008

Lunes

El sol aún no había salido y aquella jornada quedaría cegado por las densas nubes. Jaume Vergés se desperezó después de lanzar una mirada torcida al despertador.

Las sesiones de Gobierno habían sido agotadoras, pero creían haber encontrado la manera de salvar al país de la debacle. La deceleración económica era evidente y no solo en Europa. El coste de la vida no paraba de subir y los recursos y el ingenio se agotaban. Para mayor complicación, la Unión Europea había vuelto su mano de acero hacia el Principado.

Se acercó al gran ventanal y dirigió la mirada hacia el exterior, hacia la lluvia. Después la fijó en el disforme reflejo que le devolvía el cristal. Iban a venir muy mal dadas, por eso le habían encargado el trabajo a él, y no solo porque fuera el ministro de Asuntos Exteriores.

Tras asearse, daba distraídos sorbos al café camino de su despacho. Sería una jornada de muchas llamadas. Se acomodó frente a su mesa, encendió el ordenador, abrió la agenda de contactos y se concentró en la tarea.

30 de septiembre de 2008

Martes

El caporal del Departamento de Interior de la Policía levantó la cabeza de los diferentes expedientes que revisaba. El comisario Sebastià Lladó era el autor del par de toques en la puerta dados para llamar su atención.

—Artur, me reclama Jaume —le anunció—. Está arriba, con Garrigues. Me gustaría que vinieras tú también.

—¿Ha habido consenso político?

—Lo desconozco. Pero las reuniones han tocado a su fin.

—¿Llegó la sangre al río? —Artur Seguí sonrió al imaginar cómo debieron de ser aquellas sesiones extraordinarias y extraoficiales entre Gobierno y oposición.

El superior no contestó. Subieron en silencio el tramo de la cuarta a la quinta y última planta del edificio central de la Policía, cuyos cristales azulados les resguardaban del exterior, y entraron en el despacho del director general.

Pere Garrigues les saludó con un gesto distraído, concluía la conversación que mantenía por teléfono. Jaume Vergés se levantó de uno de los dos sofás de piel oscura. Tras estrecharles la mano se interesó por la familia.

Sebastià, sumergido en los trámites de divorcio de su segunda esposa y deseoso de evitar ciertos temas de conversación, tomó asiento y, con palabras amables pero secas, se centró en lo que importaba. La incomodidad del comisario hacia el ministro era profunda. Fue él quien propuso el ascenso de Jaume a oficial de

Interior de la Policía, que dejó a los pocos meses para, como decía el propio Sebastià, ir a jugar a la política. Se trataba de una excedencia por el tiempo que durara el cargo ministerial; en todo caso, el comisario lo sentía como una traición. Pere Garrigues, por el contrario, entendía las motivaciones que impulsaron a Vergés a dejar el cargo de oficial para entrar como ministro en el *Govern*. Aunque no lo calificaba como una deslealtad, vio el gesto demasiado interesado.

—Jaume, ayer estuve reunido con el *cap de Govern* y el ministro del Interior y Justicia. —Garrigues se venció hacia delante sobre su gran escritorio—. ¿Tan poco halagüeñas son las perspectivas?

A punto de cumplir los cincuenta y seis años, la fuerza del director general de la Policía no residía en su físico, resultaba evidente solo con verle. Era la dureza de su voluntad la que se hacía sentir en cada metro cuadrado del edificio y casi del país entero.

Jaume Vergés, recostado contra el respaldo del sofá, con una pierna cruzada sobre la otra, removía una arruga que su perfecto traje color oscuro había tenido la osadía de formar en la rodilla. Era evidente que tras el gesto reflejo se ocultaba una mente inteligente que calibraba qué podía, y qué no, exponer ante ellos.

—La crisis que se avecina no va a tener nombre —les reconoció con la mirada absorta en el suelo, como si las penurias que veía acercarse estuviesen ahí dibujadas—. O más bien lo tendrá, uno propio que se va a escribir con mayúsculas en los anales de la historia. Las potencias vecinas la ven venir y saben que va a ser un *sálvese quien pueda* sin parangón.

—¿Hasta ese extremo?

El ministro arrancó la mirada del suelo para responder a Sebastià.

—En la política internacional no se habla de llevar a la bancarrota a empresas. Se negocia la caída de naciones enteras. Hace un tiempo que se mueven buscando respaldo económico, ¿y de qué

se han dado cuenta? De que aquellos que les pueden financiar se esconden en sus guaridas a la espera de que la tormenta amaine. En cuanto a los potenciales financiadores, se han revelado meros castillos en el aire que caerán antes que ellos mismos.

—¿Son datos contrastados? —quiso saber Artur—. No dudo de tu palabra, Jaume, no me malinterpretes. Solo pretendo conocer el alcance de lo que se nos viene encima.

De los reunidos, el caporal era a quien menos importaban las arrugas que se pudieran formar en sus tejanos, aunque estaba algo obsesionado con las formas y la corrección. Sus ojos claros, que aquella mañana habían amanecido verdosos, analizaban ahora al ministro.

—Nuestras sospechas se han confirmado desde dos vertientes diferentes —Vergés hablaba a todos, aunque se había girado hacia Seguí—. Siempre que se produce una crisis profunda surgen especuladores que hacen su agosto. Al parecer, esos buitres oportunistas ya se afilan pico y garras, y auguran que el festín va a ser de órdago.

—¡Santo Dios! —se le oyó a Garrigues.

—¿En cuanto a la otra vertiente? —preguntó Sebastià.

—Es la que nos ha mantenido reunidos estos días. Mientras ha durado la época de las vacas gordas, a nadie le ha importado mucho el dinero porque salía de debajo de las piedras y todos sacaban tajada. Todos. Ahora que no es así, las potencias exteriores han elaborado una lista de paraísos fiscales a los que piensan acusar de ser el origen de sus males. Lo harán para luego exprimirlos con la intención de recuperar hasta el último céntimo que sus adorados conciudadanos hayan tenido la osadía de esconder por aquí sin declararlo en origen.

—E imagino que lo camuflarán como amnistía fiscal para luego pegarles el sablazo.

—Más o menos —confirmó Vergés—. Tampoco me preocupan las represalias que tomen contra sus desfalcadores...

—... sino las eventuales acciones que emprenderán contra nosotros —cortó el director general que mantenía las manos cruzadas sobre el vientre, no era una postura relajada—. Para nosotros el impacto será doble. Por un lado, la crisis; por el otro, las potencias exteriores. ¿Se tomarán medidas al respecto?

Vergés asintió y les explicó las reuniones que se estaban organizando con diferentes países miembros de la Unión Europea para salir de la nefasta lista negra.

—Además, han tenido la amabilidad de elaborarla según el orden alfabético —se quejó—. Y en nuestro caso han obviado incluir «Principado».

—Estamos en la posición de honor.

—Así es, Artur, estamos en la posición de honor.

—¿Qué sucederá si no actuamos al respecto?

—El destierro. Cierre de fronteras, nos coserán a aranceles y nos aislarán de la política internacional. Eso solo como escarmiento. Luego vendrán las sanciones y ya buscarán los motivos.

—¡Esto es de locos!

—No, Artur, esto es política en tiempo de crisis —corrigió el ministro.

—Las hemos capeado peores —aseguró Garrigues.

—No lo sé, Pere. Tengo mis dudas.

—Imagino que habéis dado con la solución porque las reuniones han tocado a su fin.

—Esta vez, la única solución va a ser agachar la cabeza, entonar el *mea culpa* y firmar donde nos digan. —Jaume, apoyado ahora sobre las rodillas, juntó las yemas de los dedos en una postura que le ayudaba a reflexionar—. Desde Secretaría organizan las reuniones que deben mantener Exteriores y el *cap de Govern* con varios de los países miembros. Lo que me lleva a la razón de mi visita.

—Creí que «la razón de tu visita» era mantenerme informado —el director general sonreía con un gesto afilado.

—En breve viajaré a Madrid y a los Elíseos, donde se nos expondrán las condiciones para sacarnos de esa lista negra. El cometido me va a mantener bastante ocupado y me he visto obligado a avanzar asuntos que tenía programados. Esta tarde debo asistir a una reunión en la ciudad de Albi. La documentación que debo trasladar es delicada, así que os agradecería si me pudierais asignar a alguien que me haga de escolta.

—¿Qué tipo de escolta? —se interesó Lladó.

—Alguien discreto y que no atraiga miradas, y, sobre todo, que sepa mantener la boca cerrada.

Sebastià consultó a Artur, que asintió de inmediato.

—¿A qué hora? —solicitó.

—El viaje es largo y son las once de la mañana —sentenció el ministro—. Por cierto, debes llevar el arma.

Artur miró primero a Jaume. Detrás buscó la confirmación a semejante despropósito en el comisario Lladó, también en el director general, que le devolvió el mismo silencio y una mirada todavía más conminatoria. Bloqueó las objeciones tras un nuevo asentimiento y abandonó el despacho.

La única parada antes de traspasar la frontera la hicieron en la central de una de las entidades bancarias más importantes del país. Entraron por el aparcamiento. Nada más bajar del vehículo, a Jaume le esperaba Mateo Mouta. El director y gran accionista de la entidad obstruía la célula del ascensor con la rodilla.

Mouta, debido a su cargo y posición, era un hombre célebre entre la élite andorrana. Artur conocía mejor a su hijo, Toni Mouta, suboficial en el Departamento Científico de la Policía. No estaba invitado a aquella reunión y se limitó a saludar junto al vehículo. Ministro de Exteriores y banquero, trajeados y peinados con idéntica simetría, desaparecieron tras las puertas del ascensor. En cuanto quedaron a solas, Seguí inició una conversación con el agente de seguridad allí apostado.

Minutos después, Vergés regresó escoltado por dos individuos uniformados, fornidos y armados. Hubo una segunda novedad, un maletín metálico esposado a la muñeca del ministro. Artur se colocó a su derecha y se ajustó la chaqueta sobre el arma que llevaba junto a las costillas.

—Supongo que no pensarás conducir con eso atado a la muñeca.

Seguí entendía a los políticos como un mal necesario y parte de ese pensamiento despectivo se filtró en el tono incisivo de sus palabras. Jaume se detuvo y se encaró con él. Consciente de la inoportunidad del comentario, el caporal se cuadró. Las disculpas quedaron entendidas. Vergés rebuscó en el bolsillo de su pantalón, le lanzó las llaves del coche y se situó junto a la puerta del copiloto.

—¿Tengo que explicarte cómo funciona el mando a distancia?

Los cierres se abrieron de inmediato y ambos tomaron asiento para dirigirse a su siguiente destino: Albi.

Tras un trayecto tranquilo, acompañado de lluvia hasta Foix, accedieron a la ciudad por la avenida del General de Gaulle. Cerca de la plaza La Pérouse, Artur buscó una de las zonas más concurridas donde estacionar. El vehículo era demasiado llamativo como para dejarlo en cualquier callejuela. Se ajustaron el abrigo para resguardarse de las bajísimas temperaturas y del fuerte viento, y pusieron rumbo a la calle du Sel. El maletín volvía a ser una extensión del brazo del ministro.

Vergés se fijó en la puerta de entrada al edificio que, mal cerrada, les facilitó el acceso. Repasó los nombres de los buzones hasta dar con el que buscaba y ascendieron las empinadas escaleras. El inmueble carecía de ascensor.

—Condensada nicotina —soltó al encarar el tercer tramo.

Artur, veinte años más joven, sonrió. Él rondaba los cuarenta, tampoco era un chaval, pero los imperativos del cargo le obligaban a mantenerse en forma, y despierto. Desde la retaguardia analizaba sistemáticamente, y lo que veía no parecía gustarle en

absoluto. ¿Qué hacía un ministro de Andorra en aquel edificio de mala muerte situado en una callejuela de Albi con un maletín recién sacado de un banco? Desde luego, era para preocuparse. Prudente, callaba y escoltaba.

La puerta del fondo del pasillo de la última planta estaba iluminada gracias a la luz que entraba por la claraboya del techo del hueco de la escalera. La lámpara de la pared del rellano no tenía casquillo y la pintura de las paredes, que antaño debió lucir amarillo pálido, conservaba el mismo color, pero deslustrado. La madera de las puertas también se veía desgastada.

—Preferiría que aguardaras fuera —ordenó Vergés.

Tocó el timbre, que no hizo el menor ruido. Lo intentó de nuevo ejerciendo más presión sobre el pequeño botón negro. Acabó por golpear la puerta con los nudillos. El eco del par de toques secos se extendió por la escalera. Esperó un tiempo prudencial e insistió.

Se oyó movimiento en el interior y la puerta se abrió un discreto palmo. Artur, en un acto reflejo, llevó la mano al arma. Vergés le disuadió. Por la rendija que había dejado la puerta asomó tímida una cara surcada por las arrugas de la edad.

—Buenas tardes, señor Folly. ¿Me recuerda? —dijo el ministro en tono profesional.

Tras un breve escrutinio, al anciano se le iluminó el rostro. Con una mano les invitó a pasar; con la otra, se afanaba en poner orden a sus cuatro cabellos ralos y se ajustaba la vieja y descolorida bata por encima de la camisa y los pantalones. Con una sonrisa, medio de alegría, medio de sorpresa, se adentró en la vivienda seguido de Vergés.

Artur, que había estado deambulando pasillo arriba y abajo para que no se le congelaran los pies, se volvió en el acto cuando una hora después se abrió de nuevo la puerta. Del piso solo salió Jaume. No llevaba el maletín y su gesto escondía muchas y graves preocupaciones.

—Nuestro siguiente destino es la Seu d’Urgell —indicó antes de marcar un número en su móvil—. Le ruego que confirme a monseñor la reunión de esta tarde. Prevéngale que llegaré con retraso y pídale que me excuse por ello.

Monseñor Miquel Ponce, obispo de Urgell y copríncipe de Andorra, les aguardaba.

1 de octubre de 2008

Miércoles

—Sebastià, ¿tienes un momento?

Tras su paso por Albi y la Seu d'Urgell, el ministro de Exteriores y Seguí no alcanzaron Andorra hasta la medianoche. Tarde para mantener conversaciones, en cuanto entró en la central de Policía se fue directo al despacho de Lladó.

No eran las siete y media y ya lo encontró enganchado a un cigarrillo y tras una mesa plagada de expedientes que el comisario, policía al estilo militar, analizaba y trataba con minuciosidad. Aquella mañana Artur notó una preocupación diferente que Sebastià reveló sin conmiseración.

—Albert Horta tendrá el resto de la semana libre. Su mujer pierde la batalla contra el cáncer.

Todavía bajo el vano de la puerta, Artur la cerró y se sentó en una de las dos sillas frente a la mesa. Le faltaron fuerzas para sostener su mirada.

—¿Hay algo que podamos hacer? —preguntó a alguien que no estaba en aquella habitación. No era religioso, si bien ante ciertas circunstancias sentía la necesidad de creer.

El comisario aspiró el cigarrillo hasta acabar con él y lo remató en el cenicero junto a los otros dos cadáveres. Expulsó el aire con rabia.

—La plaza de suboficial sigue libre.

—Bastante lo hemos discutido, Sebastià.

—¡En ese caso sabes que necesito a alguien en ese puesto! Más desde que Jaume se largó a hacer de ministro.

—Jordi Baró es un buen candidato y Meri...

El comisario estampó la palma de la mano contra la mesa.

—Jordi podría ser un buen suboficial, no te lo discuto, pero también es demasiado hijo de su padre. Y es al padre a quien no quiero metiendo sus narices en mi departamento. Garrigues tampoco.

Aquel era el punto donde el diálogo cedía a la discusión: «No mezcles la política en esto». «Política y policía van siempre de la mano». «Responsabilidad tuya es que deje de ser así». «No estoy aquí para cambiar nada». Un sinfín de argumentos que se lanzaban inagotables y que solo escondían dos verdades: Seguí no deseaba ser suboficial y Lladó no quería a otro en el cargo, mucho menos al hijo de Jordi Baró.

—Me lo pensaré —concluyó Seguí.

—Lo harás. —Sebastià se volvió hacia su paquete de cigarrillos y cogió el cuarto de muchos que vendrían detrás—. ¿Querías algo?

—Hablar sobre el viaje de ayer. Desconozco de qué va esto, pero te aseguro que no me gusta lo más mínimo.

Por la incertidumbre que se dibujó en el rostro de Lladó, Artur dedujo que tampoco había sido informado sobre las pretensiones del ministro de Asuntos Exteriores. Le relató el viaje sin omitir detalles.

—¿No estuviste presente en la reunión que mantuvo con ese tal Folly ni en la que celebró después con Ponce?

Artur negó.

—¿Y el maletín?

—No salió de Albi.

—¿Sabemos al menos quién es ese señor Folly?

—Antoine Folly. Busqué anoche por Internet. Se trata de un estudioso, un historiador francés que obtuvo cierto renombre a principios de los setenta. Tampoco he visto nada que pueda ser revelador de..., no sé. Te estoy hablando de un hombre de ochenta y dos años.

—Has mencionado un accidente en la autovía.

—He mencionado un incidente en la autovía —corrigió el caporal—. Fue cuando regresábamos, a la altura de Foix. Aquello estaba cosido a gendarmes alrededor de un hombre abatido a balazos. No fue eso lo que me inquietó, tampoco tenía nada que ver con nosotros ni con nuestro viaje. Me preocupó la reacción de Jaume.

—¿A qué te refieres?

—Fue un gesto minúsculo, un acto reflejo. Jaume buscó el maletín para protegerlo a pesar de que lo habíamos dejado en Albi, y no creo que fuera por el valor del contenido, sino más bien por su finalidad. —Artur hizo una pausa para diferenciar los hechos de la preocupación—. Lo que sea que hemos trasladado fue en un coche privado; él, con un cargo de ministro en su bolsillo, y yo, con la placa de policía y el arma en el mío. Si tengo que jugarla, Sebastià, preferiría saber por qué.

El comisario maduró la información el tiempo que duró un nuevo cigarrillo. Sus caladas eran igual de profundas, aunque se habían vuelto lentas para dejar el aire cautivo en el interior el máximo tiempo posible. Sus conclusiones salieron con la misma precisión.

—Pidió un escolta y es lo que le facilitamos, aunque a mí tampoco me gusta lo que explicas. Por el principio de prudencia no lo comentaremos con nadie. Mantengamos los ojos abiertos y veamos dónde conduce este sumario.

Seguí estuvo de acuerdo.

Sebastià miró los muchos expedientes pendientes que copaban su mesa.

—Distribuye entre los demás las tareas que tenía encomendadas Albert y regresa para echarme una mano antes que acabe sepultado aquí debajo.

A pesar de sus reticencias, a Artur no se le escapaba que su superior le trataba como si fuese su suboficial. Dado que los ánimos

no estaban para más disputas, cedió. En el pasillo, se topó con la persona indicada.

—¿Sabes algo de la mujer de Albert?

El agente Daniel Ferrández era de la misma promoción que Horta, a quien conocía antes de hacerse policía.

—Está muy mal —se lamentó y sus cien kilos de puro músculo se volvieron flácidos—. Los médicos han dicho que es cuestión de días. Ni siquiera de semanas.

—¿Hay algo que podamos hacer?

—Esperar. Lo mismo que hace Albert.

—Avísame si hubiese novedades, ¿de acuerdo? —Artur le dio una palmada en la espalda que les insuffló ánimos un poco a ambos.

A varios kilómetros de la ciudad de Foix, en el hospital Intercomunal des Vallées de l'Ariège, el agente del servicio de inteligencia francés, Michel Sazy, se encontraba en planta recuperándose de las heridas sufridas en el aparatoso accidente de tráfico ocurrido la tarde pasada.

Postrado en cama y atiborrado de calmantes y antiinflamatorios, con un collarín en el cuello y las costillas magulladas, respondía a las preguntas que le realizaban dos individuos trajeados que se habían identificado como «la comisión encargada del caso».

Junto a la puerta se mantenía en pie, apoyado contra la pared, el superintendente Jean-Marcel Richard, del término del Ariège, y superior directo del agente Sazy. Se mostraba más interesado por los dos tipos que por el estado de su subordinado. Al ser informado por el equipo médico de la presencia de aquellos hombres, reaccionó en el acto y, con zancadas de metro y medio, se comió los escalones de cuatro en cuatro y subió hasta la segunda planta. Richard se acercaba a la edad de la jubilación, pero su

tamaño seguía siendo imponente y, después de casi treinta años ostentando cargos de autoridad, no sabía comportarse ni hablar en un tono que no fuera caciquista, imperioso y pedante.

Entró a la habitación sin llamar. Ni se planteó que tuviera que hacerlo y, tras presentarse, se apoyó contra la pared en un ángulo que le permitía observar con comodidad. En silencio, se atusaba un grueso bigote ya cano que lucía orgulloso para compensar una calvicie incipiente.

—Nos explicaba que regresaba a casa después del trabajo cuando... —retomó el relato uno de los interrogadores.

—Desde el retrovisor del coche vi cómo un vehículo se me acercaba por detrás a gran velocidad —narró Sazy—. Ahora sé que fue un acto reflejo estúpido, pero frené en seco. Eso debió de provocar que el otro conductor calculara mal para esquivarme y me golpeó en la parte posterior.

Sazy alzó las manos y describió la maniobra en el aire como si fueran los vehículos siniestrados. Ambos sujetos asintieron. El impacto del airbag le había clavado las gafas en el puente de la nariz, inflado y amoratado. Una venita de su globo ocular izquierdo reventó por la presión y había manchado el blanco de rojo. Era un milagro que no se hubiese roto nada. A continuación, describió cómo logró abrir la puerta del coche y, con el cinturón de seguridad bloqueado, se deslizó por debajo hasta caer en el asfalto.

—Al ser consciente de la presencia del otro coche, quise acercarme para prestar ayuda. Solo había dado unos pasos cuando vi a aquel hombre salir por la ventanilla del copiloto y, ensangrentado, desplomarse en el suelo. Se sostenía contra el vehículo para lograr incorporarse. Había sufrido heridas de consideración en la cara, un brazo le colgaba y cojeaba de la misma pierna, aunque nada de eso le impidió sacar una pistola y apuntarme.

Michel Sazy explicó cómo se vio obligado a eliminar la amenaza. También cómo después vio salir del coche siniestrado al compañero de aquel tipo que, al percatarse de los vehículos policiales

que se acercaban a golpe de sirena, de inmediato se perdió por los bosques de la zona. En cuanto el grueso de gendarmes llegó al escenario, Michel se tumbó sobre el asfalto con su arma a un metro de distancia, lo esposaron y lo flanquearon. Un gendarme a cada lado y un tercero que se aproximó para pedirle que se identificara. Hurgaron en uno de los bolsillos de su chaqueta hasta dar con su documentación, le enfocaron la cara con una potente linterna y lo dejaron allí hasta que llegó la ambulancia.

—¿Confirma que el copiloto bajó del vehículo armado?

El mismo individuo de la comisión encargada del caso reanudó el turno de preguntas. Su compañero se dedicó a anotar. Su voz sonaba tan monótona que hasta un navegador de coche parecería más humano.

—Así es —afirmó Sazy y alzó la mano simulando sostener un arma—. Arrastraba una pierna y dejaba caer el peso sobre la contraria y, cuando se apoyó en el coche para ponerse en pie, por el vaivén de su brazo derecho fue evidente que lo tenía inutilizado.

—Pero no fue a usted a quien apuntó en un primer momento.

—No, señor. Tanto su interés como el cañón del arma los dirigió hacia el contingente de agentes que les perseguían.

—En respuesta, usted sacó su arma y procedió a eliminar al sujeto.

—Saqué mi arma y procedí a dar el alto al sujeto.

Michel Sazy era agente de la Dirección Central de Información General francesa, más conocido como RG, y había gestionado demasiados expedientes, aunque de otro tipo de delitos, como para saber hasta qué punto aquellos individuos hilaban fino en la terminología, en los hechos y, sobre todo, en su cronología.

—¿Se identificó como agente de la ley?

—No, señor, no hubo tiempo para eso. En cuanto di el alto al sujeto, giró el cañón del arma hacia mí.

—No contempló la opción de reducirlo en lugar de...

—En un campo de prácticas, con un entorno controlado, hubiese valorado muchas otras opciones. Le recuerdo que acababa de tener un accidente del que todavía no sé cómo he salido tan bien parado.

El interrogador, indiferente al tono herido de Michel, extrajo de su cartera cuatro fotografías de media cuartilla. Se las mostró una a una sin permitirle tocarlas.

—El accidente, los rostros ensangrentados, la distancia entre ellos y yo —titubeó Michel y por primera vez desvió la mirada hacia Jean-Marcel antes de encogerse de hombros—. Lo lamento, no soy capaz de reconocerlos.

—Pero sí el arma.

—No puedo identificarles ni sabría decirle qué tipo de arma empuñaban.

—¿El piloto también empuñaba un arma?

—¡No, solo el copiloto!

—Ha dicho *empuñaban*.

—Creo que el agente Sazy, dado su estado, ha tenido la amabilidad de responder a suficientes preguntas.

Jean-Marcel Richard intervino en tono seco y tajante. No le gustaba la deriva del interrogatorio y temía que su subordinado cometiera un desliz. Los individuos trajeados asintieron y salieron, seguidos por el superintendente. La terrible soledad que quedó en la habitación trasladó a Michel a su niñez, cuando los días en el orfanato acababan de la misma manera. Se sintió más desgraciado que nunca.

En algún punto del País Vasco, cuando pasaba de la medianoche, Xabi Itzala repetía la misma pregunta que llevaba haciendo cada hora desde las cinco de la tarde.

—¿Todavía no se sabe nada de mi hermano ni de Aitor?

Karlos Gorritia negó, como lo había hecho las seis veces anteriores.

Xabi volvió a comprobar que el móvil tuviera batería.